

G. Uríbarri Bilbao, *El Hijo se hizo carne. Cristología fundamental*, Sígueme, Salamanca 2021, 384 pp.

La obra que presentamos es la primera parte de lo que sería una cristología completa, en concreto, la sección donde se afrontan los problemas de método o de hermenéutica con que ha de medirse el tratado. Como ya había dicho Sesboüé en *Pédagogie du Christ*, una obra similar en sus pretensiones, aunque no en su contenido, ya no se puede ofrecer una cristología que no ofrezca al mismo tiempo los contenidos y la hermenéutica de sus afirmaciones. Esta, como veremos, no procede solo del propio contenido, sino del momento cultural donde se inscribe la reflexión. El mismo autor presenta la obra ya desde el título como una cristología fundamental, apuntando en su intención, y también en el desarrollo de su exposición, a un desarrollo propiamente sistemático de los contenidos de la misma que, por otra parte, ya se apuntan.

El lector se encuentra con una reflexión de madurez, en la que el autor muestra el resultado ordenado de su trabajo académico que ha ido ofreciendo fragmentado, y que se adentra en los problemas básicos de la cristología, las discusiones planteadas en la actualidad en torno a ellos y las opciones de fondo que le guían para responderlos críticamente. El libro, ya lo advierte el autor, recoge reflexiones anteriores ordenándolas en un todo orgánico en el que se ensanchan determinados temas.

Se trata de un libro académico, aunque destinado también, más allá de este ámbito, a aquellos que quieran entrar en estos temas con una cierta profundidad. Aun así, se percibe el compromiso del autor para fundamentar la acción pastoral de la Iglesia y la vida espiritual de los cristianos, dejando constancia en no pocas ocasiones, tanto con críticas como con propuestas, de cómo la vida eclesial no es inmune a los planteamientos teológicos en los que se apoya.

Se trata de una obra clara en su exposición y muy bien informada. Se percibe en el autor un esfuerzo por acoger no solo los planteamientos críticos intentando mostrarlos en su lógica y sus retos, sino integrar lo que podrían ser las intuiciones raíz que no son simplemente desechables.

La estructura de la obra responde a la tríada diagnóstico, discusión, propuesta, aunque con una cierta libertad de organización que el autor advierte de antemano. Así no siempre los capítulos se ajustan del todo al espacio en el que se insertan. En cualquier caso, la estructura ayuda a la comprensión de la argumentación de fondo. Creemos que el autor podría haber economizado reflexiones que aparecen aquí y allá; algo que dependen, creemos, de una estructura construida en parte a partir de textos ya hechos.

Los dos retos fundamentales que, según el autor, debe afrontar la cristología proceden de la nueva situación eclesial y están provocados por la ruptura del monopolio eclesial sobre la identidad de Jesús, así como por la ruptura del monopolio cristiano sobre la identidad de Dios en nuestra sociedad (utilizamos aquí expresiones que no son del autor, pero están en su trasfondo). Esto plantea el problema del acceso a la identidad propia y última de Jesús y el problema de la presencia definitiva de Dios en él. Toda la reflexión del autor sobre el Jesús de la historia y su relación con el Jesús de la fe, así como su discusión con la teología pluralista de las religiones se sitúan en este contexto de fondo.

La opción del autor, tanto en un tema como en otro, no es someterse a una imaginaria hermenéutica agnóstica (sin opciones confesionales o ideológicas) que ofreciera una base (¿común?) que luego pudiera interpretarse en el sentido que le da la fe o no, sino someter la identidad kerigmáticamente sostenida a la prueba de las investigaciones histórico-críticas mostrando no solo su plausibilidad sino su relevancia. Esto hace que la fe no se tenga que someter a una prueba externa ya que se define a sí misma como don revelado, y también que no se deje absorber por un fideísmo supranaturalista. Además, a la vez este planteamiento marca el espacio de la confesión cristológica como oferta que requiere conversión y no solo racionalización.

Tres opciones de fondo atraviesan el desarrollo metodológico de la obra. La primera es la centralidad de la historia de Jesús, que no es comprendida como cúmulo de hechos brutos, sino como presentación de una historia con un sentido interno que proviene de la manifestación de Dios en ella. Esta es la razón por la que el autor habla de una historia kerigmatizada que no procedería solo de la manera de contarla, sino de la forma de vivirla Jesús mismo. Su corolario será (queda pendiente para el segundo volumen) una teología de los misterios de Cristo. Muy importante para el autor es la comprensión de la humanidad de Jesús no solo como naturaleza, sino como historia que debe realizarse.

La segunda es la que la cristología debe enmarcarse en la tradición dogmática de la Iglesia, es decir, en la lectura eclesial de la revelación. Es en este marco, y no fuera de él como han hecho las cristologías ascendentes con las que el autor se muestra crítico, donde sitúa su lectura en una opción por la cristología calcedoniana y antioquena. La propuesta se sitúa matizadamente entre dos orillas rocosas: un neocalcedonismo renovado que tiende a reducir la densidad de la condición humana del Hijo y un neonestorianismo que tiende a separar esta condición humana del Hijo despojándola del valor revelador y salvífico. Aquí la recuperación de la cristología de Máximo el Confesor se hace central en su planteamiento. Con esta opción, el autor busca responder al reto del giro antropológico y vincularlo a lo más propio de la confesión cristológica, como pretendió Rahner dando origen a la renovación de la cristología.

Por último, la tercera es la incorporación del Espíritu a la cristología. Esta presencia central se vincula con las opciones anteriores, ya que es en el espacio de realización de la condición humana (creatural), condición propiamente histórica, y su estructuración teleiótica, dinamismo por el que la vida solo se consume al final, donde aparece su posición y su función en el ámbito de la historia de la

salvación. Así pues, es el Espíritu el que posibilitaría pasar en cristología a un planteamiento histórico sin abandonar la ontología.

La obra diseña pues una estructura global para la cristología que ha definido su método a partir de su propia identidad sin renunciar al contraste con los retos a los que el momento actual la somete. Una cristología que se estructura desde su propia confesión: la vida de Jesús como historia del Hijo de Dios; la condición histórica de la presencia de Dios como juego de libertades que debe realizarse; la consumación de la vida debe configurar hermenéuticamente sus opciones, a saber: Jesús en cuanto Hijo perteneciente a la misma vida de Dios; la vida Jesús como verdadera historia humana de revelación y salvación; y una consumación de la existencia que tiene su punto de fuga definitorio en la identidad e historia de Jesús. Así quedarían unidas ontología y libertad, cristología y antropología, historia y eternidad.

Si tuviéramos que poner un límite a este planteamiento sería el mismo al que tuvo que enfrentarse la propuesta de Rahner, el de ser demasiado formal, en el sentido de que si es verdad que se da un puesto importante a la historia humana de la libertad esto se realiza sin que aparezca el peso doloroso de esta historia. Esto no es solo una cuestión de aplicación de una teología configurada previamente a entablar un diálogo con la contradicción del mundo, sino de método como han puesto de relieve las diversas teologías políticas. En cualquier caso, deberemos esperar al segundo volumen para ver los desarrollos que ofrece el autor.

Agradecemos el esfuerzo sistemático de la obra y su contribución a una discusión profunda. Nos congratulamos de que el dogma aparezca tratado no solo como historia pasada, sino como espacio de discusión hacia la identidad de Cristo. Y cómo no decir que damos la bienvenida a una obra que enriquece muy significativamente la bibliografía cristológica destinada al espacio docente. Animamos al autor a ofrecernos la segunda parte prometida.

*Francisco García Martínez*

John Henry Newman, *Los arrianos del siglo IV*. Traducción de Josep Vives y Ana Rodríguez Laiz. Edición y presentación a cargo de Ana Rodríguez Laiz, Ediciones Encuentro - Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 2020, 441 pp.

En 1832, salió publicada la primera investigación histórico teológica de envergadura de John Henry Newman (1801-1890). Por entonces, él era el Vicario de la iglesia universitaria de Oxford, atendía pastoralmente una pequeña comunidad anglicana a las fueras de la ciudad universitaria, se desempeñaba como profesor en Oriel College, donde vivía y, además, como hermano mayor atendía los muchos requerimientos de su madre viuda y sus hermanos. Todo ello le dejó agotado, por lo que decidió emprender un viaje al Mediterráneo en el mes de diciembre, del que regresó el 9 de julio de 1833.

Dada la posición de la Iglesia de Inglaterra, bajo la custodia de la corona británica, Newman manifestó unos años antes, en una carta a su madre, esta inquietud: "las clases altas serán dejadas sin religión" y "no habrá seguridad en la sólida doctrina, que dependerá de un Decreto del Parlamento" (*LD II*, pp. 129-131: carta escrita a Mrs Newman, el 13 de marzo de 1829).

Es importante destacar el ánimo de Newman en estos momentos, pues en el Common Room de Oriel College, él y sus colegas teólogos anglicanos como John Keble y Richard Hurrell Froude, comentaban el estado en el que se encontraba su comunidad religiosa, y la necesidad de revitalizarla volviendo a los principios, a los Padres de la Iglesia. Newman pensó comenzar por el análisis de los 39 artículos de la Iglesia Anglicana promulgados por la reina Isabel I, hija del rey Enrique VIII que provocó la ruptura con Roma. Pero en 1831, Hugo James Rose, miembro de la High Church —el grupo anglicano que deseaba conservar la Tradición doctrinal— le propuso a Newman preparar una historia de los principales concilios. Estos fueron los temas principales del Movimiento de Oxford y sus publicaciones entre 1833 y 1841.

La traducción al español de esta obra sobre los arrianos se basa en su tercera edición, y versión definitiva de 1871. Cabe destacar que su lectura resulta indispensable para comprender el camino intelectual que llevó a Newman del estudio de los Padres de la Iglesia a las puertas de la Iglesia Católica Romana en 1845.

El libro, a través de sus cinco capítulos, nos remite a los debates teológicos y a la primera crisis de la Iglesia ante planteamientos sobre la realidad divina y humana de Jesucristo. En el primero, Newman se detiene en el contexto previo al Concilio de Nicea y las diversas posturas ante Arrio, quien negaba que Jesús fuera verdadero Dios. En el segundo, aborda las enseñanzas al respecto, definidas por la propia Iglesia, antes de Nicea. El tercero es el capítulo central pues presenta la historia del Concilio de Nicea durante el reinado de Constantino y sus consecuencias, no sólo de orden religiosos, sino también civil y político. "El gran Atanasio era en este momento el obispo primado de Egipto, y se le presentó la cuestión de decidir si la Iglesia había de adoptar o no los principios seculares a los que los arrianos pretendían someterla, abandonando su fe como condición para obtener la paz y la prosperidad" (p. 251). Él es, como Padre de la Iglesia, la figura que brilla en todo este debate doctrinal con impacto político, y que dejó una importante huella en el alma de este autor inglés.

Hemos de agradecer a Ediciones Encuentro por el gran esfuerzo que ha hecho en estos años para acercar el pensamiento de Newman a personas de habla castellana, eligiendo bien las ediciones y sus traductores. El interés por Newman en lengua española se ha incrementado notablemente desde su beatificación, presidida por el Papa Benedicto XVI (Rednal, Inglaterra, 2010). Esta obra pone en nuestras manos el trabajo esforzado de Newman por comprender cuál es el depósito completo de la fe católica y su interpretación autorizada por parte del Magisterio de la Iglesia de Cristo, aspecto que han perdido los cristianos que incluyeron la "libre interpretación de la Sagrada Escritura" de Lutero.

Para todos aquellos que desean dar seguimiento al pensamiento teológico de Newman, además de la lectura de su *Apologia pro vita sua* —que va ya en su novena edición en esta misma editorial—, *Los arrianos del siglo IV* nos muestra cómo Newman desea ir a la raíz de la fe, desde la comprensión misma del gran Misterio de la Santísima Trinidad. Es una obra especializada que puede ser leída por cualquier universitario con interés histórico teológico. Su gran valor radica en abrir un gran panorama para comprender también el don de la solidez doctrinal de la Iglesia Católica Romana.

Rosario Athié

Ilia Delio OSF, *Re-Enchanting the Earth. Why AI Needs Religion*, Maryknoll-New York 2020, 238+xxvi pp.

Ilia Delio, OSF, es una teóloga católica norteamericana actualmente catedrática de teología cristiana en la Universidad de Villanova de Pensilvania (Estados Unidos). Tras su autobiografía titulada *Birth of a Dancing Star. From Cradle Catholic to Cyborg Christian*, publicada en 2019, Ilia Delio ha publicado en 2020 *Re-Enchanting the Earth. Why AI Needs Religion*. No podemos decir que sea su última obra porque mientras preparamos estas líneas, febrero de 2021, ha visto la luz un nuevo libro de esta prolífica autora: *The Hours of the Universe. Reflections on God, Science, and the Human Journey*. Volviendo sobre la obra que centra nuestro comentario, *Re-Enchanting the Earth. Why AI Needs Religion*, podemos decir que título y subtítulo son una presentación precisa de lo que recorre las líneas de este volumen, y que no es sino la certificación del giro dado por el pensamiento de Delio que le ha llevado a una nueva visión de la inteligencia artificial (IA), que, aunque ya adelantada en obras anteriores, aquí es insertada por nuestra autora en la propia posibilidad de futuro de la religión. Sin embargo no podemos dejar de advertir que esta IA es abordada desde una generalidad y superficialidad, que compromete la misma empresa teológica que pretende llevar a cabo.

El volumen consta de una introducción, diez capítulos y una conclusión. En la introducción Delio plantea las líneas básicas que va a desarrollar a lo largo del libro. De hecho, quien leyera exclusivamente la introducción y la conclusión obtendría una buena síntesis de lo que es el volumen. Estas líneas básicas de la introducción la llevan desde mostrarse de acuerdo con la tesis clásica de Lyon White de que las raíces de la crisis ecológica son fundamentalmente religiosas, hasta afirmar las importantes implicaciones ecológicas que puede tener el desarrollo de la IA. Una IA a la que considera el principal factor de desarrollo en el siglo XXI y de la propia evolución que ahora estaría en manos del propio ser humano, porque para Delio la IA extiende la inteligencia biológica en un nuevo medio, y está también inseparablemente unida a la religión. Afirma así ella que "si la religión significa conectar con la última plenitud, y la IA está buscando la

hiperconexión hacia la plena unidad, entonces la religión está en el corazón de la IA" (p. xviii). A pesar de todo su optimismo sobre el papel de la tecnología en la religión, lo cierto es que Delio no olvida que existen caminos de desarrollo de la IA que pueden polarizar y alienar al ser humano, por lo que termina la introducción afirmando que "solo el amor y la compasión pueden llevarnos a un nuevo nivel de conciencia" (p. xxvi).

En el primer capítulo, *Holism and Human Evolution*, nos presenta la autora su comprensión holística de la realidad entera, y lo fundamenta en el conocimiento que sobre el mundo nos han aportado en el siglo XX la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica. De esta última es destacable cómo ella no duda en apoyarse, según el aspecto de su pensamiento que esté tratando, tanto en la interpretación de David Bohm como en la de Copenhague, cuando son incompatibles. En esto se refleja su tendencia a utilizar la ciencia adaptándola a sus propios presupuestos teológicos. Este capítulo también nos deja la definición de Delio sobre el ser persona: "Una persona es un ser consciente en relación con todo lo demás, alguien en quien la matriz de una vida relacional es expresada de una forma determinada y que contribuye al desarrollo de un modo determinado" (pp. 24-25). El capítulo segundo, *Axial Consciousness*, es una breve exposición del uso que hace Delio del concepto de era axial de Karl Jaspers. La emergencia de la conciencia axial supuso la evolución desde el mito a la razón y desde lo comunitario a la emergencia de una conciencia individual, la cual estaría en el origen de las religiones del mundo y de las instituciones que las han formalizado. Siguiendo este camino, en el tercer capítulo, *The Rise of the Individual*, afronta lo que para nuestra autora ha supuesto el desarrollo de esa conciencia de la primera era axial caracterizada por lo individual. En primer lugar plantea los que ella considera efectos negativos de la filosofía griega sobre el cristianismo, entre los que destaca la reducción del papel de la mujer. Y hace un recorrido por las relaciones entre el cristianismo y la ciencia, para acabar destacando lo que ella considera la situación de vulnerabilidad en la que los avances científicos han colocado a la Iglesia. Destaca las grandes etapas y consecuencias del proceso de individualización, que tiene en René Descartes lo que ella denomina el colapso del universo en lo individual y en Isaac Newton la culminación de la visión mecanicista del mundo, que inicialmente otorgó a Dios el papel de un relojero y que finalmente lo sustituyó por la idea de progreso, un progreso que acaba desplazando en última instancia al propio ser humano de ese centro en el que pretendía haberse colocado tras desplazar a Dios.

Tras la visión general aportada en los tres primeros capítulos, en el cuarto, *The Forgotten Openness of the Closed World*, Delio aborda ya lo que es el centro de su reflexión en este volumen, la IA, enmarcándola en su relación con la cibernética y el transhumanismo. Comienza con una breve historia del desarrollo de la IA, la cual no aporta nada nuevo a quien esté introducido en el tema, mientras que a quien no lo esté le deja con la necesidad de una mayor profundización, si realmente quiere hacerse una idea más clara de lo que esa historia ha sido y ha supuesto. Resulta interesante cómo Delio encuentra la forma de relacionar los desarrollos de la Cibernética con lo que denomina el conocimiento de

la primera era axial, la era axial de Jaspers frente a la segunda era axial a la que ella defenderá que nos dirigimos. En su visión, la cibernética de Norbert Wiener nos ha permitido recuperar una visión de la interconexión e interdependencia de la realidad entera, y comprender la naturaleza como un todo indiviso. Pero sin duda lo más importante de este capítulo es la explicación de su comprensión de la IA. Para ella no hay nada artificial en la IA, pues la entiende como parte fundamental de la realidad, considerando que la naturaleza incluye en sí misma algoritmos y computación, de modo que la naturaleza y la IA son descripciones de una misma realidad. En el capítulo quinto, *In Search of Relational Wholeness*, su tesis fundamental es que la tecnología, especialmente la IA, está modificando al mundo y a nosotros mismos, así como a nuestra comprensión de ambos. Lo que para ella lleva a un nuevo tipo de persona: "Yo planteo que la tecnología está realmente dando lugar a un nuevo tipo de persona" (p. 93). Así la IA la ve íntimamente ligada, por su ser parte de la naturaleza, a la emergencia de la vida y la conciencia. Y culmina con la aceptación del cibernético de la antropóloga cultural Donna Haraway, como símbolo válido para la teología y clave interpretativa de lo que es ser persona: "Un nuevo híbrido está emergiendo, que es a la vez máquina y organismo, y es más una entidad de procesamiento de la información que sustancial" (p. 105).

En el capítulo sexto, *The Posthuman Social Imaginary*, podemos decir que Iliá Delio certifica su abrazo del posthumanismo crítico como marco para su teología. Un posthumanismo que caracteriza por eliminar la primacía humana, buscar lo que denomina inclusividad, acabar con el llamado sujeto autónomo liberal; y así alcanzar lo que define como posthumano cibernético. Esto supone a su vez el rechazo del transhumanismo por parte de Delio, que se expresa así: "Mientras el transhumanismo busca el mejoramiento a través de la tecnología, el posthumanismo busca una relacionalidad más profunda" (p. 115). Lo que sí es cierto es que en Delio esa relacionalidad más profunda se encuentra mediada tecnológicamente, y en especial potenciada por una IA que, en su opinión, facilitará una fusión progresiva entre biología y tecnología. En el capítulo séptimo, *Teilhard and Life in the Noosphere*, tras insistir en la necesidad que tiene la IA de la religión, para no quedar apresada como instrumento del capitalismo y del poder, Delio se dedica a situar la IA dentro del pensamiento de Pierre Teilhard de Chardin, plateándonos cómo, en su opinión, la noosfera de Teilhard se corresponde con el desarrollo de la IA y el proceso de planetización tiene su irrupción con la aparición del posthumano tal como lo espera Delio. Termina el capítulo reafirmando en la necesidad de una nueva religión que responda al nuevo tipo de persona de la segunda era axial. El capítulo octavo, *Second Axial Religion*, es un desarrollo de lo que Delio entiende por esa nueva religión de la segunda era axial y el tipo de persona que se corresponde con ella. Nos dice Delio que "lo que se necesita es una nueva religión que pueda utilizar toda la 'energía libre' de la tierra para construir una humanidad más unida" (p. 161). No dudando en reiterarse en una afirmación fundamental para ella, que no podemos seguir con la filosofía griega en un mundo de evolución y realidad cuántica.

Los dos últimos capítulos son su visión sobre la espiritualidad del posthumano que ella defiende y las características de esa Iglesia planetaria para la nueva religión que ella propugna. En el capítulo noveno, *Posthuman Spirituality*, no duda en afirmar que "la IA ha expuesto el deseo de un nuevo espíritu religioso y de una nueva religión de la tierra" (p. 177). Para Delio esta nueva religión se ha de caracterizar por ser hiperpersonal, porque, según ella, el posthumano, o ultrahumano siguiendo la terminología de Teilhard, es una evolución en la dirección del ser persona. Es muy importante en este capítulo cómo reafirma algo que esta presente a lo largo de todo su pensamiento, el que a pesar de ver ella en la IA, y la tecnología en general, un medio para profundizar en el desarrollo personal del ser humano; la IA necesita de la religión: "sin la profunda dimensión religiosa del ser persona, la evolución de la IA puede aumentar la brecha entre ricos y pobres, alienar a los menos afortunados, y llevar a una salvación de los privilegiados" (p. 185). El capítulo décimo, *Church of the Planet*, es el punto de llegada de todo lo expuesto en los anteriores. Por un lado se reafirma en su opinión de que "la religión institucional está llegando a su fin" (p. 189). Por otro abraza una comprensión de Dios en la que no podemos dejar de hacer notar que resuenan las ideas de uno de los más destacados tecno-profetas de la Singularidad tecnológica, Ray Kurzweil. Delio se expresa así: "Dios no es lo que está detrás de nosotros, sino ante nosotros. Dios es lo que el mismo universo físico está viniendo a ser por un poder que no puede ser explicado solo por el Universo" (p. 191). Es interesante la comparación con lo que afirma Kurzweil en el capítulo séptimo, *Ich bin ein Singularitarian*, de su obra *The Singularity is near. When Humans Transcend Biology* (New York 2005). Y finalmente se reafirma en algo que encontramos ya en otras obras suyas, en que el símbolo del cibernético, tal como lo comprende el posthumanismo crítico, es un símbolo adecuado para expresar quién es Jesucristo. Finalmente, en la conclusión, *Where Are We Going?*, vuelve sobre la base de su comprensión fundamental de la IA, el que esta se encontraba ya presente desde siempre en la naturaleza. Y sobre la mutua necesidad que tienen IA y religión la una de la otra nos dice: "La IA necesita la religión para dar una dirección a la evolución humana, y la religión necesita de la IA para alcanzar un nuevo significado y vitalidad" (p. 223). Para Delio nos encontramos en el despertar de una nueva religión, la de la segunda era axial, donde el logro de la Superinteligencia será alcanzar el Super-amor de un futuro que permita una profunda relación de la humanidad entera gracias a la IA.

En esta obra Delio muestra su abrazo del posthumanismo crítico, una visión que coloca al ser humano alejado de toda centralidad y sometido a una pura relacionalidad que niega cualquier sustancialidad. Utilizando un lenguaje heredado de Pierre Teilhard de Chardin habla de un IA idealizada en su presente y su futuro. Y aunque es cierto que afirma el peligro de una IA que no esté bien orientada, se mueve en generalizaciones, sin abordar los desafíos reales y concretos que ya hoy se presentan y que cuestionan sus conclusiones. Da también por supuesto, sin una verdadera profundización, que esa buena orientación es identificable con el futuro planteado por el posthumanismo crítico, y que este a su vez es compatible con la comprensión cristiana del ser humano y de la



realidad entera. En definitiva, estamos ante una obra que es un ejemplo de los riesgos de una teología que al acercarse a la IA y los trans-posthumanismos, buscando crear nuevos caminos para la teología fuera del marco clásico, se queda en la superficie de aquello que es su objeto principal de reflexión, abrazando comprensiones del ser humano y del mundo que ponen en juego un futuro verdaderamente humano.

Francisco J. Génova

L. Grosso García, *A imagen de la Trinidad. Para comprender las «mutuae relationes»*. *Eclesiología de comunión y vida consagrada*, Col. Estudios y Ensayos 239, Madrid: BAC, 2019, 312 pp.

Pese a que este libro no tiene la pretensión de ser un tratado o compendio cabal acerca de lo constitutivo de la vida consagrada, sí es una obra de calado y de largo alcance, dada la fundamentación metafísica, antropológica, eclesiológica, carismática y pastoral que se recoge en sus páginas. Convengamos, pues, en que no es un tratado, sino un ensayo sistemático, sólidamente argumentado y que tiene muy bien organizadas las diversas cuestiones a las que aquí se ha dado cabida. Por tanto, el libro *A imagen de la Trinidad* no acomete temas más o menos coyunturales que en un momento determinado puedan tener morbo o, si se quiere, actualidad «periodística» en el peor sentido de la palabra, sino que aborda lo esencial de la vida consagrada: la fraternidad, el amor, la unidad en la Trinidad, etc.

Aparece este libro de Lourdes Grosso justamente cuando el papa Francisco ha encargado a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica y a la Congregación para los Obispos la redacción de un nuevo directorio que introduzca las oportunas correcciones al documento *Mutuae relationes* de 14 de mayo de 1978. Es necesaria una actualización, debido a la publicación del *Código de Derecho Canónico* en 1983 y al *Catecismo de la Iglesia Católica* en 1992, así como al abundante magisterio de los últimos papas acerca de la eclesiología de comunión.

Como es sabido, en aquel documento se establecían los criterios pastorales sobre las relaciones de obispos y religiosos en la Iglesia. No parece difícil pensar que el nuevo documento vaticano y este libro tendrán prácticamente una total semejanza, cuando no coincidencia, dado que tanto la autora, hasta hace unos meses directora del Secretariado de la Comisión para la Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española y el que ha sido presidente de dicha comisión, monseñor Vicente Jiménez Zamora, pertenecen al citado dicasterio romano (en calidad de consultora y de miembro, respectivamente); incluso el arzobispo emérito de Zaragoza forma parte de la comisión redactora del futuro directorio vaticano.

La recurrencia de Lourdes Grosso al paradigma de la Trinidad no se debe únicamente a su pertenencia al Instituto de Misioneros Identes, fundado por Fernando Rielo, cuyo pensamiento metafísico y teológico está basado en la «concepción genética del principio de relación» y en la vivencia de un carisma que se apoya en la filiación divina y el amor interpersonal de la Santísima Trinidad. También tiene en cuenta que el papa Francisco en su exhortación *Evangelii gaudium* afirma tajantemente que «es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. Él construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios» (n. 117). Lo cual quiere decir que el escrito de Lourdes Grosso se mueve en la línea del magisterio pontificio posconciliar y, particularmente, en la órbita de las recientes enseñanzas del papa, sobre todo cuando la autora asume conceptos como la «coesencialidad» y la «sinodalidad», sin dejar de tener en cuenta la reflexión mística que Fernando Rielo, fundador del instituto misionero Id, hace desde sus planteamientos metafísicos. Tomando como base estos principios, se comprende que en las páginas de este libro no se caiga en reduccionismos como los que se han dado con cierta frecuencia a la hora de establecer las relaciones entre obispos y miembros de vida consagrada; y ello, porque su autora toma como marco de referencia una antropología en relación con el Absoluto y un principio tan radical –teológica y existencialmente– como la comunión trinitaria, en la que debe basarse toda recta eclesiología. La casuística concreta deberá ser la repercusión carismática y pastoral emanada de sólidos principios filosóficos, teológicos y eclesiológicos. Al fin y al cabo, los consagrados, como los bautizados en general, son iguales, pero distintos, como son iguales y distintas las Tres Personas divinas.

No estamos, pues, ante una obra de pensamiento débil, que muchas veces ha afectado también a los planteamientos sobre la vida religiosa y consagrada. La formación académica de la autora de *A imagen de la Trinidad*, profesora en varios centros universitarios, ha dado a estas páginas seriedad de pensamiento y bases sólidas tanto para la argumentación como para la organización de las líneas fundamentales de lo que trae entre manos.

La primera parte del libro describe la perspectiva desde la que se aborda la reflexión. Primeramente expone el significado y alcance de la nueva redacción de *Mutuae relationes* y los elementos esenciales que deben ser tenidos en cuenta para comprender la coesencialidad, vivir la colegialidad y practicar el diálogo. Después presenta los elementos doctrinales para un enfoque actual y así profundizar en la aplicación práctica de la eclesiología y espiritualidad de comunión, desenmascarando los criterios mundanos y acomodaticios del relativismo. Y, por último, dedica espacio al estilo concreto que deben tener las relaciones entre personas en la Iglesia, esto es, la fidelidad a la llamada a ser «pontífices» por exigencia del mandamiento del amor, hacer real comunidad y vivir la verdadera fraternidad. Para ello examina conceptos básicos, como la unidad suplicada por Jesús y el diálogo que es el nombre de la caridad.

La parte central del libro estudia el marco doctrinal sobre el que se asientan las relaciones eclesiales, las *mutuae relationes*; de ahí que examine el núcleo de

la fe cristiana, la Santísima Trinidad, vivido como modelo de comunión fraterna y de amor. Si bien este marco doctrinal proporciona los criterios teológicos y pastorales para las relaciones entre los miembros del Pueblo de Dios y entre obispos y vida consagrada, la praxis cotidiana presenta situaciones, problemas e incluso conflictos, que deben ser afrontados con una actitud de conversión y purificación permanente y diálogo caritativo que salvaguarde la unidad. Trata, en primer término, de la fundamentación filosófica que está en consonancia con la Palabra de Dios sin caer en los reduccionismos racionalistas y la dictadura del relativismo del pensamiento actual y sin dejarse llevar por actitudes autorreferenciales –por emplear términos de moda en el magisterio eclesial–. A continuación estudia la concepción antropológica, con fundamentación bíblica, que se deriva de la dignidad del ser humano (diferenciado como varón y mujer), creado a imagen y semejanza de Dios, cuyo misterio se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Y finalmente se ocupa del modelo eclesiológico. La voluntad de Jesucristo («que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti»: Jn 17, 21) expresa la forma de comunión que debe inspirar los vínculos que establezcan los miembros de su Iglesia. La comunión eclesial debe, por tanto, implantar en el mundo el amor divino que irradia la Santísima Trinidad. Porque, en definitiva, la vocación del cristiano tiende a la íntima unión con Dios y con los hermanos en la Iglesia; ésta es, por tanto, casa y escuela de comunión, como se dice en la *Novo Millennio ineunte*.

La parte final de la obra *A imagen de la Trinidad* está dedicada a algunos ámbitos de reflexión. El primero gira en torno a la fundamentación metafísica de la relación entre personas, la mística del encuentro, la capacidad de escucha, para lo cual Lourdes Grosso acude a la filosofía de Fernando Rielo y su concepción genética del principio de relación, de la relacionalidad como realidad constitutiva de la persona y como forma de vivir la identidad o singularidad en la comunión, tomando como modelo la relación interpersonal de la Santísima Trinidad. Sobre dos conceptos recurrentes en el magisterio reciente de la Iglesia, los ya mencionados de coesencialidad y sinodalidad, considerados claves de la eclesiología de comunión, se trata en otro capítulo. No en vano dichos conceptos han sido escrutados en sendos documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe (*Iuvenescit Ecclesia* sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia de 15 de mayo de 2016) y de la Comisión Teológica Internacional (*La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia* de 2 de marzo de 2018). Y el último capítulo del libro aborda la concepción mística de la coesencialidad, derivada de todo lo expuesto anteriormente: que la Santísima Trinidad es misterio de comunión, origen, principio, fundamento y sujeto de todo lo creado y, por tanto, de ahí debe emanar toda reflexión teológica y la praxis eclesial y carismática que se derive de ella. No se puede invocar una dialéctica entre jerarquía y carisma que provoque disenso, contraposición y desafección, pues la relación entre obispos y vida consagrada debe ser una relación orgánica, simbiótica. La coesencialidad.

Como puede colegirse de todo lo expuesto, la que comentamos no es una obra fácil para aquellos lectores que no posean unos elementales conocimientos

de antropología y eclesiología. Y, en todo caso, aun para aquellas personas a quienes les concierne de modo muy directo lo que se estudia en estas páginas, sería recomendable una lectura muy pausada, reflexiva, meditativa, contrastada siempre con la oportuna revisión de vida, siempre iluminada con la oración.

*Miguel de Santiago*